

Dijo, Dios, qué día, y se quedó clavada en la fecha que acababa de escribir: 3 del 3 del 3. Y otra vez la maldición a la que debe irse acostumbrando, ese sabor a óxido al fondo de la garganta, ese vértigo. «Es sólo un instante; eso es lo que no debo olvidar, no pasa nada», se da ánimos. Luego, en la cabecera del periódico que sostiene sobre las rodillas, subraya: *Lunes, 3 de marzo de 2003*. Tres del tres del tres, insiste. 333.

En el *Diario Independiente de la Mañana* la foto de portada muestra una manifestación con pancartas que exigen más agua para las huertas valencianas y ella piensa que ésa no es la noticia del día. «La noticia es esta otra», le habla a nadie, y, ya que tiene en la mano la estilográfica que fue de su padre, subraya de nuevo: *Irak comunica a la ONU que se han hallado restos de armas biológicas*.

No sé por qué, pero ahora no soporto hablar en primera persona. Es..., no sé; como si no terminara de reconocer mi voz. Nada raro si bien se mira, porque tampoco termino de reconocerme en los espejos. Recuerdo que eso ya me pasó antes, en la fiesta que me habían preparado los ami-

---

gos para recibirme, una fiesta absurda... Nos las damos de modernos y hemos vuelto a las costumbres de nuestros antepasados, aquellos que celebraban los funerales con danzas y banquetes...

«Ésa es una decisión difícil de llevar a cabo, pero en su caso, ante la evidente indecisión, quizá sea lo más prudente», concluyó el abogado. Se lo decía a ella, pero los ojos azules que le miraban de frente vagaban distraídos por la raya perfecta del pelo sospechosamente oscuro para la frente envejecida de este hombre con el que acaba de empezar una relación que se promete larga. «Creo que nuestra relación va a durar más que mi matrimonio», se despidió ella con tanta desenvoltura como inconsecuencia. Y fue entonces cuando él, como niño pillado en falta, soltó con brusquedad la mano femenina que retenía quizá más de lo conveniente.

En eso piensa cuando apenas han pasado un par de horas desde que llegó a su puerta y se quedó mirándola como si no la hubiera visto nunca. Reaccionó enseguida, se aplicó a rebuscar las llaves en las entrañas de su bolso, y, antes de que las hubiera encontrado, la puerta se abrió desde dentro y ella miró y no vio rostros; vio copas alzadas con vino de bienvenida y oyó el entrechocar de los cristales y brindó sin medida hasta que alguien, suavemente, le apartó la bebida de los labios. Entonces, otra vez, sintió el escalofrío y alzó la vista buscando sin esperanza a quien no podía estar y se encontró frente a frente con la sonrisa amarga que

conocía tan bien, esa sonrisa que gritaba en silencio: «Lo siento, lo siento mucho, pero no soy él. Qué más quisiera yo».

No miró entonces el reloj pero lo mira ahora, cuando la casa se ha quedado vacía y ella desazonada como si alguien la esperara y hubiera olvidado el lugar de la cita: como si no consiguiera recordar si acaba de llegar o se está despidiendo. Entonces corre a su dormitorio y busca uno entre los libros amontonados en su mesilla. *Historia de los Ferro-Carriles españoles*, se titula. Abrazada a él como el náufrago se aferra al madero flotante regresa al salón y se planta de cara a la pared frente a la fotografía amarillenta. Una mujer con sombrero, sombrilla y vestido largo aparece sentada y sola en el andén de una estación. Al fondo, montañas boscosas. Un penacho de humo anuncia a la locomotora de otros tiempos que asoma el morro por la esquina derecha. A la izquierda una fecha remota y la frase en tinta descolorida que un enamorado irredento que ocultaba su nombre dedicó *a mi golondrina*:

*Emprendió un viaje para huir de sí mismo. Pero se encontró con una golondrina y nunca más volvió. T. W. 20 de junio de 1908.*

Entonces no me di cuenta, lo he sabido después: no quiero volver a ver a esos amigos. A ninguno. No para siempre, pero sí por un tiempo. Ángel dirá lo de siempre, que soy más rara que un gato con alas; y no digo yo que no tenga razón, pero me da igual, no es que no quiera ver a nadie,

no es que no quiera, es que no puedo. No puedo, ya está dicho, quizás más adelante pero ahora no. Lo supe en el momento en que cerré la puerta, y ellos también tuvieron que saberlo por la forma en que los despedí, que más que despedir a mis íntimos parecía que estuviera desalojando a unos okupas...

Los libros de viajes me fascinan, aunque, no sé, quizás lo que ocurre es que no hay libros de viajes o, mejor dicho, todos los libros son de viajes, también las novelas y las gramáticas y los manuales de lenguas extranjeras. Y por supuesto las guías de ferrocarril, como esa que está leyendo la mujer sentada al borde de una cama en una habitación que los críticos se empeñan en describir como desolada y a mí siempre me pareció tan luminosa como me parece feliz la lectora que sostiene el libro sobre las rodillas desnudas. Mira que me gusta ese cuadro, si alguien me preguntara: «¿Qué cuadro prefieres para tener siempre, toda tu vida, delante de ti?», *Habitación de hotel*, contestaría sin duda. Sí, eso es lo que diría.

Más tarde, medio desnuda ante un paisaje de tejados con gatos, María se obliga a mirar de frente al sol frío que se va yendo despacio. «Hasta mañana», dice en voz alta, y enseguida se excusa ante sí misma: «Desde hoy vivo sola y puedo decir las tonterías que me dé la gana sin escuchar reproches», y de nuevo se queda ensimismada. Luego, cuando ya se hace preciso encender la luz, la mujer

se escalofría y se levanta en busca de abrigo. En su dormitorio, frente al espejo, envuelta en el albornoz azul que no es de su talla, sostiene la mirada de la pelirroja menuda y con ojeras. «Estás sola, María Teodora», deletrea como si la insultara. Pero como la así llamada no responde, ella se da la vuelta, se sirve un whisky generoso, busca inútilmente un cigarrillo, sale a la terraza, aspira la noche que ya va llegando, riega la yerba lozana de la jardinera, vuelve a entrar, se sienta de nuevo y se queda mirando, como si alguien acabara de colgarlos por sorpresa, los dos únicos cuadros que decoran la estancia: un cartel con la *Habitación de hotel* de Hooper y la foto desvaída de una vieja estación de tren un poco perdida en el marco excesivo. La estancia se va oscureciendo en la tarde todavía corta del final del invierno, y cuando las sombras ganan la partida, la mujer que permanece quieta y firme frente a la pared pronuncia su conjuro a media voz: «Ahora que todavía es tiempo», dice.

Si la dedicatoria de la foto fuera mía la elegiría sin duda para ponerla al principio de mi diario. Pero ni es mía ni se me ocurre ninguna otra frase capaz de mejorarla, eso es lo malo: que no encuentro el modo de decirlo mejor.

«A ver qué te parece esta frase: *Emprendió un viaje para huir de sí mismo. Pero se encontró con una golondrina y nunca más volvió*. Es de un poeta muy famoso; qué te parece si la pongo para empezar mi diario», le mentí a Ángel en mala hora.

«Pues será de un poeta muy famoso, querida, pero parece de un manual cursi del siglo XVIII para escribir cartas de amor», me chafó implacable mi amigo del alma cuando le llamé por teléfono para despedirme. Qué cabrón.

Ahora que todavía estoy a tiempo, tengo que decidir si la protagonista de mi cuaderno de música va a soltar todos los tacos que a mí se me vienen a la boca o se los va a guardar para la intimidad, como dijo Aznar que hace con el catalán... La verdad es que ni yo misma me entiendo, no sé para qué me vale tanto idioma si al final termino echando mano de... A Adrián le sentaba fatal: «Ese lenguaje no te pega nada, Mariate», solía decirme con esos aires de superioridad que me sacan de quicio...

A tomar por saco el caballero, es que es pensar en él y me desmadro, si quiero controlarme voy a tener que hacer como cuando dejé de fumar, me voy a poner una multa cada vez que piense en él. Bueno, cada vez que piense no, que me arruino en dos días. Cada vez que lo nombre. Por cierto, que digo «cuando dejé de fumar»... Hay que ver cómo nos engañamos a nosotros mismos, es que nada es tan humano como la mentira, la verdad siempre fue un arma en manos de los poderosos, si no confías que has tenido tratos con el demonio te moleremos a palos; te quemaremos en la hoguera si no nos cuentas qué haces por las noches en las fiestas del macho cabrío. Total: que lo voy a intentar. Pélín crudo lo tengo, pero lo intentaré.

Todavía es tiempo. Eso es lo que pensó, esperanzada, la que minutos antes se había sentido arrebatada por la melancolía. Ni ella misma consigue entenderse desde que ha regresado a casa dañada para siempre. Intenta callar, pero su mano escribe lo que su memoria rechaza. «Eso es lo bueno que tiene escribir sólo para mí, que puedo decir lo que me sale de dentro», se consuela, impotente contra el recuerdo de quien no merece su devoción, luchando por no nombrar al que nombra en silencio a todas horas. «Si hasta hablo a solas por no poder hablar con él, si hasta he caído en la tentación de reunirme con gente que le admira por el gusto de oír y de pronunciar su nombre», se confiesa vencida. Y una vez más, «la última», se promete, deletrea y mastica las palabras que ayer saboreó y hoy la atragantan: *La golondrina. Fantasía para violín en Re menor, K 333. Para Mariate. De A.*

Masochista es lo que soy, y ahora mismo debería tachar lo que he escrito, porque apenas acabo de empezar y ya he hablado más de la cuenta de quien he decidido apartar de mí. Pero ahí se queda. Claro que tengo que cuidarme muy mucho de que este cuaderno no caiga en manos ajenas, porque si alguien lo leyera supondría que soy una de esas colgadas que van por la vida hechas polvo por el recuerdo de un tío que no se las merece y que las tiene sujetas con un cable finísimo pero tan firme como el hilo de las cañas de pescar. Lo

---

que soy, vamos, eso es lo que pensarían, pero no me da la gana que lo piensen, por eso ahora mismo me prometo que si no se me acaba la cuerda antes de tiempo y aguanto hasta el final, ese día, cuando esté sentada en un noray del puerto, frente al mar, me inclinaré despacio sobre las olas y sin que nadie me vea dejaré caer en el agua el cuaderno de música, para que nadie sepa. No soporto la compasión, antes prefiero... Qué curioso. Hay palabras que no sólo cuesta trabajo pronunciarlas: es que ni siquiera se dejan pensar.

«Novelera, eso es lo que eres», se reprocha benevolente. En el vocabulario familiar esa palabra no existía y, cuando ya mujer la escuchó, fue dirigida a ella. Novelera, sí, novelera, repetía esponjada, gozosa del descubrimiento liberador, es verdad, novelera es lo que soy, qué razón tienes, qué palabra tan genial, nunca la había oído y parece inventada para mí. Frente a ella, halagado, el maduro escritor canario al que acaba de confiar que ella está estudiando idiomas pero que lo que le gustaría de verdad es ser escritora, se derrite sorprendido de un éxito tan inesperado como prometedor y aprovecha la ocasión para servirse y servirle otro whisky, y ya van tres, y para posar como al desgaire una mano en las rodillas inocentes.

Ella ahora no ríe, pero sí que sonrío y se recuerda, tan casi niña, sentada en los terciopelos leprosos del Ateneo, y de nuevo la envuelve, intacto, aquel aroma espeso que ya siempre relacionará con



la Cultura con mayúscula. No dijo entonces que saberse novelera la aliviaba del agobio de creerse mentirosa, ay, ojalá lo hubiera sabido antes, si se hubiera atrevido habría confesado a los tertulianos que gracias a ellos acababa de librarse del miedo al Purgatorio porque, aunque ella ya no cree, hasta ayer sí que creía, y el miedo no se va así como así, el miedo dura. Pero los bigotes excelsos, las barbas canas, los dientes con sarro de tabaco de pipa, las manos ajadas y los labios rojos que dejaban su marca en las colillas apestosas la inhibieron.

Tengo la impresión de que se me está yendo de la mano el asunto este del diario. No sé si va a ser buena idea lo de escribirlo en tercera persona, me parece que en un diario, por muy novelado que sea y por más que en lugar de llamar Mariate a la protagonista la llame María, tendría que decir «yo». Porque si digo «yo», pues puede que no siempre sea capaz de sujetar la imaginación, que en mi caso desde luego... Pero si, por ejemplo, lo que voy a contar es que «yo» he desayunado café con leche pero que me he dejado la tostada en el plato porque no me apetecía comérmela, pues como eso es algo que me ha pasado «a mí» y como «yo» quiero contarlo, pues... Y si digo que «ella», o «María», se levanta y se toma un café con leche... No sé, tiene gracia pero es que ya no estoy tan segura de que a esa mujer le apetezca la tostada que me gusta a mí o prefiera esos churros que yo odio. También tendría que contar que le he

dicho al abogado que voy a separarme pero que prefiero tomarme un tiempo para reflexionar porque estoy segura pero menos, y, bueno, yo lo he dicho y con todas las consecuencias, pero lo mismo a esa mujer que he decidido que hable por mí le parece que es una gilipollez...